

C h e l o M i l

Después



Después

Chelo Mil

Ejercicio narrativo.

Veinte poemas llevados a narrativa breve. Podemos decir que estos poemas fueron expandidos (en caudal de significante) o contraídos (en lo que a multiplicidad semántica se refiere).

des nudo

Editorial Digital

Relatos

[La aventura y el ritual](#)

[Pretérito imperfecto](#)

[Entre los cables](#)

[El agua sobre la piel](#)

[El oficio y la nobleza](#)

[Argentina, 2012](#)

[Guardianes](#)

[El nombre del prócer](#)

[2050](#)

[La sirena, el uniforme y el cuartel](#)

[Promesa](#)

[Ella y los jazmines](#)

[Tercerizado](#)

[Second Life](#)

[Judith no me come](#)

[Algún barrilete quizás](#)

[Bonus lupus](#)

[La escena belga](#)

[Avasallando al Congreso](#)

[Analógico](#)

* * *

[Legales](#)

La moza

El café

El diario

El crepúsculo

El mendigo

El cigarrillo

Y el recuerdo

de aquel abrazo

¿Lo de siempre?

La aventura y el ritual

Era el momento de la transición. Ese instante un poco más largo, extenso, en el que llega el crepúsculo y el día y sus matices esbozan una elegante salida. Estaba allí, en la mesa que me había tocado en suerte, para cumplir con el sutil ritual del secreto y la sonrisa cómplice.

Ella, la moza, llegaría en cualquier momento, consciente de mi pedido y de la aventura de algunas noches atrás. Pasaron unos minutos y vino, con el café y el diario poblado de anécdotas de ayer, de certezas que sería mejor olvidar. Como era de esperar estuvo su sonrisa, y el anhelo de reiterar en su mirada.

Unos minutos después él también apareció, con su cuerpo robusto, fornido y crepuscular vestido con trapos. Un croto capaz de instalarse en la libido de cualquiera. El otro integrante de la aventura de algunas noches atrás. En su rostro la sonrisa y, también, el anhelo en su mirada.

La aventura de algunas noches atrás había sido en el descampado donde él dormía. Eleonora y yo llegamos casi al mismo tiempo, con algunas exquisiteces para deleite de él, y para que el hambre, su hambre, sea olvido. La noche y su tibieza nos abrigaban, ya no las ropas. Y cogimos, los tres, como salvajes bien educados, como animales algo civilizados pero, en ese momento, despojados de toda censura. Besos, chupadas, vergas, gemidos. Compromiso y afecto.

Pero ahora yo seguía allí, en el bar. El café, quieto en el pocillo, proporcionaba un reflejo, cierta luminosidad sobre el negro; y el humo del cigarrillo, informe pero hábil en su ascenso, hacía de las suyas. Aquel día el ritual ya estaba completo, faltaba reiterar la aventura la semana próxima.

Me quedé por un rato disfrutando de la leve brisa y recordando aquel abrazo, de algunos años atrás, fuerte y tibio. Sucede que entre Eleonora, el croto apolíneo y yo había afecto, pero no se podía comparar con aquel abrazo, con aquella experiencia viril. // [↑](#)

Corría
por las veredas de su ciudad

Sobre adoquines,
rombos y cuadraditos

Pisar geometría y escapar
era un ejercicio urgente y efectivo

Pretérito imperfecto

Ella nunca había sentido tanto dolor. El recuerdo de aquello había estado reprimido por años, lo había logrado olvidar por completo. Hasta ahora. Estaba en su casa tomando unos mates a la tardecita, descansando del laburo, y surgió. Fue casi como volver a vivirlo. El miedo, el olor del tipo, su fuerza, y hasta cierta excitación. Una violación.

El dolor era insoportable. Nunca lo había hablado con nadie, era un secreto oscuro, hasta con ella misma. Pero surgió, años después, otra vez.

La televisión estaba prendida y en todos los canales estaba la cadena nacional. Hablaba la presidenta, que también era una mujer. Por primera vez sintió empatía por ella. Quería que la presidenta saliera de la televisión y la abrazase, y que, quizá, lloren juntas. Pero la presidenta era sólo un conjunto de pixeles luminosos hablando sobre un satélite.

Tenía que escapar, tenía que correr. Salió disparada de su edificio dirigiéndose hacia el este. Corría y sus lágrimas estallaban en el cemento. Sus pies, fugaces y furiosos, en la vereda pisaban rectángulos, cuadrados y rombos grises, en la calle adoquines, de formas irregulares. Tanta geometría bajo sus pies, tanta racionalidad y abstracción. Y tanto dolor.

Llegó al río y allí se detuvo. La costanera estaba bien iluminada y la recorrían quienes hacían ejercicio y parejas a los mimos. Gente que no experimentaba dolor alguno. Se sentía sola.

Caminó hasta un lugar en la barranca en el que había gatos. Era un lugar donde se les dejaba agua y balanceado, arriba de uno de los clubes de pesca.

Miraba a los gatos, que en tanto animales no conocen el concepto de abuso.

En un momento pensó en Gatúbela, y en la posibilidad de convertirse en una heroína vengadora. La cultura pop y foránea le estaba dando la posibilidad de salir del lugar de víctima, o, tal vez, de perpetuarse en él. // [↑](#)

El electricista y su robustez
transpiraban

Sus manos
entre los cables

y su pecho florido, velludo,
en la libido
del joven que toma mate

Entre los cables

Mientras se bañaba repasaba mentalmente lo que tenía que hacer. La ferretería, la cuota del club y la instalación de un par de enchufes en el departamento del chico que lo había llamado el día anterior, por primera vez. Pensó en pajearse, pero no tenía demasiado tiempo.

Cerró la canilla, salió de la ducha y se miró a sí mismo en la parte no empañada del espejo. La panza enorme y llena de vello junto con la barba exudaban masculinidad. Una masculinidad que en su trabajo como electricista le permitía, de vez en cuando, coger con hembras y hombres iluminados por el deseo, allí mismo, en el lugar de laburo, luego de intercambiar una de esas miradas que son anhelo y coincidencia.

Salió a la calle. La ferretería, donde compró el cable y los enchufes necesarios, la cuota del club, que para él era fútbol y vestuario, y la primera vez con el chico que había llamado el día anterior.

El chico lo recibió con una sonrisa, lo hizo pasar y le explicó qué esperaba de su oficio. Luego, mientras tomaba mate, miraba a nuestro electricista: tan robusto, tan Eros, y por algún motivo tan húmedo, ya que transpiraba y tenía la frente y el pecho brillantes.

- ¿Querés un mate? -el chico le ofreció ya con alguna intencionalidad extra.

- Sí, gracias -respondió el electricista.

El chico le pasó el mate al electricista, y mirándolo fijo a los ojos le acarició la mano. El electricista recibió el mate y la caricia, y devolvió la mirada mostrando una pequeña sonrisa. Allí supieron que la sutil tensión que se respiraba se iba a disolver para dar lugar al deseo.

El electricista volvió a los cables pero quitándose antes el sweater, además de desabrocharse por completo la camisa. Cuando terminó el trabajo se dio vuelta y vio al chico desnudo sobre el sillón. Se acercó, ya con la certeza del juego y la erección como bandera, y dominante le dijo:

- Sacame el pantalón, lubricala con la boca y date vuelta.

El chico obedeció para dar lugar a una conexión genital y eléctrica, inesperada, nueva y al mismo tiempo ancestral. // [↑](#)

Para disfrutar la lluvia
iba desnuda a la entrevista

A las dos cuabras
su currículum era ilegible:

Donde antes decía Panchería,
una mancha

El agua sobre la piel

Llovía como en un cuento. Tenue pero firme. Casi con ternura. En su casa, ella miraba a través de la ventana el afuera impresionista y amable. En un momento se sacó los zapatos y divertida los pateó. Lejos. Ahora sus pies sobre el azulejo disfrutaban la frescura. Miró su vestido, blanco y rosa, que usaba tan seguido, siempre que estuviera limpio. Se lo sacó: primero los breteles de los hombros, después la sutil caída de la tela y, el saltito hacia afuera. La ropa interior, blanca, también afuera.

El hecho de que tenía un compromiso, podríamos decir, laboral, no iba a despojarla de su reciente y alegre desnudez. Era una entrevista para un posible trabajo de administrativa, siete horas frente a la computadora, un promisorio futuro como androide sumiso en un enclave poscapitalista más.

Tenía listo su currículum, una hojita impresa doble faz con tinta negra que mostraba sus datos personales, el secundario completo, el curso de Office y, su recorrido laboral, del cual ella todavía añoraba los tiempos de la panchería y cuando al cierre del local le chupaba la pija con pasión al robusto encargado.

Abrió la puerta y empezó a correr, desnuda y con el currículum en la mano. A las dos cuadras éste ya era ilegible y las gotas habían convertido a su pasado en una serie de manchas negras y multiformes.

Pero nada de esto importa, ya que buscar trabajo es un trabajo, y ella decidió comenzar ese trabajo a su manera: sin pasado y en bolas. // [↑](#)

Vino el pintor
a poner blanco el balcón

Piel curtida, arrugas, mirada franca,
gorrita azul para el sol

y su hijo
que aprende el oficio

El oficio y la nobleza

El colectivo, de parada en parada, seguía su recorrido habitual. Las ventanillas estaban todas abiertas para que entre algo de aire y disimule el calor de la siesta.

- Pá, ¿a dónde estamos yendo ahora?
- A lo de la Señora Margarita, que necesita pintar el balcón.
- ¿Falta mucho para llegar?
- Bastante, es en el Centro.
- Y, ¿de qué color lo va a pintar? ¿De blanco?
- Sí.
- No sé por qué la gente pinta todo de blanco, es como si quisieran que sus casas fueran museos, museos privados de cada familia en particular -reflexionó el chico.
- El blanco es más luminoso, sólo por eso. Hay ambientes que tienen poca luz natural y necesitan aprovecharla, por eso pintan de blanco -le explicó el padre.
- Ah, entiendo. Qué calor está haciendo, espero que en el balcón haya algo de sombra.
- Esperemos. Si no, tenemos las gorras, traje la tuya azul que te regaló la tía.
- Ah, sí, la de los Beastie Boys.
- No sé, la azul.
- ¿Me vas a dejar hacer las terminaciones esta vez? -preguntó el chico.
- Todavía no, creo que te falta algo de pulso. Vos me ayudás con la primera mano, como siempre. Y si querés con la segunda, si tenés ganas -le contestó el padre.
- Bueno -concluyó el chico.

Cuando el colectivo giró por calle San Lorenzo fueron hasta atrás, bajaron y caminaron dos cuadras hasta lo de la Señora Margarita, que los recibió con una sonrisa amable y la cadencia de siempre.

Les convidó gaseosa mientras trabajaban y esparcían el blanco. // [↑](#)

Carla
caminaba por la orilla
descalza

Una sonrisa sutil
y algo de orgullo

Tantos años de espera
y ya era real

Su DNI
ya no decía
Carlos

Argentina, 2012

La playa, el mar, el amanecer, una combinación que me fascina. Hace una rato salí a caminar por estas arenas tibias y dejé a Augusto, mi marido, preparando el desayuno.

Nos despedimos con un beso más alegre que de costumbre, como si todavía estuviéramos festejando lo de anoche, cuando recibimos llamada de Buenos Aires y nos dijeron que había llegado a casa, por correo, mi nuevo documento.

Sucede que ahora, formal y legalmente mi nombre es Carla y coincide con la elección de género que hice hace tantos años, cuando me di cuenta de que tenía que dar un salto y trascender mi anatomía, mi genitalidad. Con coraje y lucidez pude elegir, y ahora hay una ley que me dice que está bien, y me rescata de la judicialización y la psiquiatría.

Pero les cuento que no fue fácil, sobre todo para mamá y papá, que durante años estuvieron configurados para Carlitos, un machito, y, como obviarlo, también intentaron configurarme a mí en ese sentido. Cómo los quiero...

Recuerdo también las tantas veces que fui a votar, en la fila de los hombres yo era como un imán de miradas y podía escuchar los comentarios por lo bajo, de las señoras grandes, algo escandalizadas. O aquella vez en el hospital público, teniendo que responder al llamado de Carlos, que hace tiempo ya era Carla.

Todo un recorrido, con su complejidad pero también con sus momentos maravillosos, como cuando conocí a Augusto. En la oficina ya todos sabían lo mío, y se lo deben haber dicho a él a los cinco minutos después de empezar a trabajar. Pero eso no impidió que cada vez que pasara por mi escritorio me regalara una sonrisa franca y libre de prejuicio. Podrán imaginarse lo demás.

El color naranja en todos sus matices. El sol y el este están inspirados en este cielo poblado de nubes y sutileza.

El horizonte es una maravilla. // [↑](#)

Caminaba

Al ver

la Fuente de las Utopías

se detuvo un momento

Al verla

se detuvo

Guardianes

Mientras caminaba miraba al pasar las fachadas del centro de la ciudad, que tienen ese aire a Europa y a siglos pasados. También pensaba en la cuota del colegio de los chicos, en cómo había aumentado, y en las expensas, que también se habían ido por las nubes. Llegar a fin de mes hace tiempo se había convertido en una especie de proceso creativo reiterado e impuesto.

Caminaba apurado, porque había decidido usar la hora de almuerzo del trabajo para hacer unos trámites pendientes en la oficina municipal de la ex Aduana.

Iba así, preocupado y con la cabeza en otra parte, cuando de repente apareció.

La Fuente de las Utopías.

Paré. La escultura había sido restaurada hace poco y el sonido del agua al fluir era tranquilizador, como un mantra. Había una nenita sentada con los pies desnudos en el agua, jugando con su hermano. Se salpicaban el uno al otro, se reían a carcajadas, y, no pude hacer otra cosa que sonreír yo también.

Después seguí caminando y a los pocos metros llegué a las oficinas. Saqué número y esperé. Cuando fue mi turno la empleada empezó a decirme que me faltaba no sé qué papel certificado, y mi ánimo se derrumbó. Debe haber visto mi cara porque enseguida me dijo que lo podía hacer certificar en el segundo piso. Sólo tenía que hacer eso y volver. Y listo.

Cuando terminé los trámites salí y me dispuse a caminar de nuevo, ahora para volver al trabajo.

Al pasar por la Fuente vi que los niños ya chapoteaban casi desnudos, nadaban en la improvisada pileta con forma de anillo, y pensé en ellos, niños jugando, como los guardianes del lugar donde surgen las utopías. // [↑](#)

La pileta municipal
llevaba el nombre
de un prócer

Él nadaba,
miraba machos
y entendía a la perfección
el sentido de la palabra
Recreación

El nombre del prócer

Era una tarde de verano de esas de calor agobiante. Con su delgado cuerpo y su palidez él estaba sentado en el borde de la pileta, a unos metros de la escalera. Hace un rato se había metido en el agua y había nadado un poco, lo que la intensa muchedumbre acuática le había permitido. Pero ahora, sólo con los pies en el agua, se dedicaba a mirar hombres, a repasar el intenso y florido abanico de machos morochos que estaban en la pileta. Machos en familia, con sus hijos disfrutando el agua y jugando con una pelota, machos en solitario, tomando sol o leyendo, machos con amigos, charlando, tomando mate y a las risas, machos pavoneándose tratando de seducir a alguna mujer. En fin, machos, robustos, fuertes, masculinos. Con sus brazos, panzas, espaldas, barbas, tatuajes, miradas, actitudes. Con su piel, húmeda y brillante. Con sus mallas slip mojadas y sus bultos tan hermosos y sugerentes.

El nivel de estímulo era muy alto, y él lo disfrutaba como pocas cosas en la vida. Era un erotismo silente, sutil, quizás alguna vez nutrido por una mirada recíproca y breve, pero nada más. Era una forma de recreación casi perfecta.

Pasado un largo rato se fue para la parte verde, al pasto donde había dejado el bolso y las cosas. Se sentó sobre su lona y agarró el libro que estaba leyendo. Pero no pudo evitar seguir mirando machos, ahora desde otra perspectiva. Un macho, robusto y muy atractivo, caminaba en el sentido de la calle a los vestuarios, y mientras él lo miraba pensaba que la masculinidad es una cuestión de gestos, a veces sutiles, pero gestos al fin. Cómo caminar, cómo rascarse, cómo mantener erguida la espalda, cómo acomodarse el bulto, cómo saludar, cómo mirar.

La pileta municipal Juan Manuel Belgrano desbordaba de esos gestos, de masculinidad, ésta brotaba por todas partes. Y, para él, el nombre del prócer había devenido en significativo pleno de aventura visual y erotismo. // [↑](#)

Año 2050

Un bar

Alguien toma un café
y lee el diario digital

El link de Policiales
sólo narra
cómo otra comisaría
se transformó
en museo

Llegó caminando cerca de las cuatro y media de la tarde. Siempre que podía iba a ese bar, que era una suerte de reliquia, uno de los pocos espacios de la ciudad en que se seguía sirviendo café, y no sólo las bebidas multicolores permitidas e impulsadas por el Ministerio de Salud.

Para él el ritual del café tenía su encanto, le permitía revivir algo de su infancia. Le gustaba ese aroma y ese sabor fuerte pero algo más sutil en la mixtura con la leche. Se sentó en una mesa junto a la hilera de plantas que separaba la vereda de la calle y su constante tráfico de bicicletas. Después comenzó a digitar la pantalla de la mesa para ver si había alguna novedad interesante en la carta, pero no encontró nada relevante. Ordenó, como era habitual, un cortado en jarrita y una medialuna de manteca, salada. Algo sencillo y, a la vez, muy siglo XX.

A los pocos minutos apareció la moza. Tenía los auriculares puestos y estaba escuchando alguna música en inglés a un volumen preocupante. Con una leve sonrisa dejó el pedido sobre la mesa y volvió a entrar al bar.

Luego de los primeros sorbos él agarró la lámina digital adjunta a la mesa y tocando la pantalla blanda de tinta electrónica la configuró para leer el diario local. Pasó de manera fugaz por la actualidad municipal, la política nacional y la sección de cultura. Y además participó en una encuesta online. Cuando visitó el link de Policiales pudo ver que, otra vez, la única información disponible narraba cómo otra comisaría había sido transformada en museo.

Sucede que el crimen ya era algo sólo accesible desde el recuerdo. // [↑](#)

Mientras caminaba
podía escuchar la sirena
del cuartel

Sonaba para ella
que acababa de cumplir
la fantasía
de acostarse con un bombero

La sirena, el uniforme y el cuartel

Había estado perfecto. El bombero la había hecho pasar a uno de los dormitorios del cuartel y allí habían cogido, como animales.

Ahora ella caminaba y sonreía como nunca, y pensaba que nadie le iba a poder sacar esa expresión por un buen par de años. Cuando la sirena empezó a sonar ya estaba a dos cuadras y recordó el código:

- Vos ahora salí, saludá a los muchachos y salí, que yo en un rato activo la sirena para festejar -le había dicho él mientras le acariciaba el pelo.

Él había cumplido, y en más de un sentido. Y ella había podido cumplir su fantasía, que acarrearaba de hace un tiempo atrás. Le atraían los uniformados en general, y ya había estado con gendarmes, prefectos, policías y guardias de seguridad, pero ningún bombero. Hasta ahora.

La habitación era pequeña y tenía unos tubos gruesos, quizá de agua, que la atravesaban junto a la pared opuesta a la puerta. Allí había una cama de una plaza cubierta con una manta rústica verde, que parecía limpia. La iluminación era tenue, había un foco de luz amarilla de 25 watts.

Habían acordado sexo fuerte, así que cuando entraron él le dijo que se desnudara por completo y se arrodillara, en el centro de la habitación. Ella obedeció super excitada, casi temblando, de calentura y miedo.

Con todo el uniforme puesto, él se agarraba el bulto con fuerza, y por momentos se lo refregaba a ella por la cara.

- ¿Te gusta? -le preguntaba él, con énfasis y sin esperar respuesta alguna.

Después se bajó la bragueta y sacó la pija, gruesa, dura. Ella empezó a chuparla fuerte, la cabeza, el tronco, y los huevos. Cuando la tenía en el fondo de la garganta perdía la capacidad de respirar y le lagrimeaban los ojos. Pero cómo disfrutaba.

- Poné las manos atrás de la espalda -le ordenó él, y pensó que debería conseguir un par de esposas. Tenía conocidos policías, no sería difícil. Le cogió la boca, duro, pero siempre dentro de ciertos límites, cuidándola.

Al rato pasaron a la cama y la cogida fue intensa y duró hora y media. Él nunca dejó de lado esa masculinidad dominante y precisa que a ella tanto placer le daba.

Acabaron juntos. // [↑](#)

Dos empleados de laboratorio

Se miraban en silencio
entre tubos de ensayo
tan transparentes
como su deseo,

que debía esperar

Promesa

Eran dos, hace horas, con el ambo verde, en la pulcritud controlada del laboratorio. Habían estudiado durante años para poder llegar allí, y allí, entre bacterias y virus, análisis y muestras de fluidos, aparecía triunfante el deseo, su deseo.

Ella admiraba el vello que asomaba de sus mangas, era masculinidad pura, y él la silueta que insinuaban sus pechos a través de la ropa, del uniforme.

Ya se habrían fundido aunque sea en un beso, pero el supervisor iba y venía, estricto, histérico, exigente, demandante, poderoso y horrible.

Ya se habrían fundido en un solo cuerpo con dos nombres, porque sabemos que los que se aman son uno, y el nombre, quizás, es sólo escisión y formalidad.

Pero seguían allí, trabajando en silencio, en el lugar donde la gente deja su sangre.

La sangre en la arena, como dice la canción ibérica. Un toro y una doncella fértil, intercambiando miradas como rayos gentiles y, a la vez, urgentes, penetrantes.

Faltaban todavía tres horas para la libertad y la desnudez. Irían a la casa de él, igual que la última vez, la semana pasada. El departamento era un lugar tranquilo, decorado de manera informal y cálida y, además, estaba cerca.

Había que esperar y seguir navegando entre tubos de ensayo traslúcidos y brillantes.

Había que seguir con látex en las manos, y el ansia en el cuerpo, el ansia de un futuro que a cada minuto estaba más cerca, y que era una promesa fresca y elocuente.

Ella agarró un tubo de ensayo que contenía sangre. El nombre del paciente aparecía en código, sólo género, iniciales y números de la fecha de nacimiento. Había que realizarle el test de VIH.

Reactivo.

Era una mujer, y ella pensó en ella. ¿Qué edad tendría? ¿Tendría pareja? ¿Tendría hijos? ¿Cómo tomaría la noticia? Eran muchas preguntas, pero que daban lugar a una sola certeza.

Debía seguir.

Desear.

Vivir.

Él pasó junto a ella y le acarició el pelo. Fue un gesto sutil, apenas perceptible. Pero fue suficiente. Ella volvió a estar caliente. // [↑](#)

Era nueva
y no sabía llover

Por eso hubo
una abrumadora sequía

Hasta que
la divinidad de al lado
urgente le dijo:

¡ Regá los jazmines !

Ella y los jazmines

Como a toda Divinidad recién llegada, a ella le correspondía su casa de paredes transparentes con su respectivo jardín, poblado de verde, pétalos y sutileza. El barrio era un pequeño paraje que albergaba unas cinco casas, no más, y era diáfano y sereno. Una suave bruma blanca lo bañaba todo.

Ella estaba allí para disfrutar. Su paso por la Tierra había sido complejo y lleno de desafíos, pero éste era el tiempo de descansar y darse ciertos gustos. Aunque, también, esta nueva etapa acarrearía responsabilidades, ella sabía que todo lo que hiciera allí tendría consecuencias en la Tierra.

Por eso creía que lo importante era la armonía: estar en paz, llevarse bien con las Divinidades vecinas y ocuparse de las tareas de la casa con cuidado y afecto. Pero ser una Divinidad implica cierto aprendizaje.

A las pocas semanas de haber llegado empezó a ver que en la Tierra, en el hemisferio sur más precisamente, padecían una implacable sequía. Calores difíciles de soportar, ríos con poco caudal, cosechas perdidas y estridentes conflictos sociales como consecuencia de todo ello.

Ella se preguntaba por qué pasaba eso y, lo más importante, si tendría algo que ver con su accionar. Pasó tardes enteras, en soledad, tratando de dilucidar el asunto, sin obtener una respuesta precisa.

Hasta que un día invitó a Esther, su Divinidad vecina, a tomar unas infusiones y charlar. Esther tenía una melena entrecana, era muy alegre, y se la pasaba cogiendo con otras Divinidades, en su mayoría hombres, pero también con mujeres.

Fue ella quien le explicó por qué pasaba lo que pasaba y qué tenía que hacer para solucionarlo:

- ¡Ah! ¿La sequía? ¡Pensé que la estabas provocando a propósito! Mirá, sólo tenés que regar los jazmines, aquellos que están en el rincón sur de tu jardín -dijo Esther algo pícara.

Sus palabras fueron una bendición para medio planeta. // [↑](#)

call center

col senter

cold sender

emisor frío

Tercerizado

Llegaba tarde. El colectivo había tardado más de lo usual e iba preocupado. Al call center no se puede llegar tarde. Todos los ingresos y egresos quedan registrados en un sistema electrónico y son muy estrictos con eso, con los horarios.

Atravesé la entrada con mi tarjeta de pase y fui directo al piso, a mi estación de trabajo. Siete minutos tarde, ya podía escuchar a mi supervisor hablando sobre puntualidad, la producción y el trabajo en equipo.

Me puse los auriculares y atendí la primera llamada, una negra manejando su coche y alterada en extremo porque su celular no tenía señal, o no funcionaba, o qué sé yo.

- Hi! Welcome to T-Mobile, how can I help you? -era mi frase de entrada, algo entusiasta, algo amable.

Ella gritaba, enojada. La escuché unos minutos largos y cuando dijo que quería hablar con mi supervisor le colgué. Y así por un par de horas. Norteamericanos.

Cuando llegó mi descanso fui al bar, compré un cortado en la máquina expendedora y fui al patio a fumar. Ahí noté que había en el lugar una tranquilidad extraña. En el patio yo era el único y en el bar, adentro, sólo había un par de chicos sentados, pero parecían algo pálidos, e inmóviles. Pensé en acercarme y ver si les pasaba algo (seguían sin moverse) pero no lo hice, porque mis quince minutos de libertad debían ser bien aprovechados, con cafeína, nicotina y sueños diurnos en los que imagino un mundo sin teléfonos. Además seguramente sólo estaban jugando a algo. Acá está lleno de adolescentes en su primer trabajo y extravagancias.

Volví a mi estación de trabajo y me di cuenta del silencio que había en el piso, abrumador. El piso en general es un caos sonoro, un mar de voces que hablan inglés con el acento que pueden e intentan ser representantes de soporte técnico. Pero en ese momento no había ruido alguno.

Miré a mis costados y vi que había estaciones de trabajo ocupadas. Pero nadie hablaba, ni se movía. ¿Qué estaba pasando? Ya no podía más, todo era demasiado extraño. Me levanté para ir a hablar con mi supervisor, alguien tenía que darme una explicación.

Lo encontré en su oficina, sentado detrás de su escritorio. Estaba, también, pálido e inmóvil. Me acerqué y le puse dos dedos en el cuello. Estaba muerto.

Eso era lo que pasaba, todos estaban muertos.

Volví a mi estación de trabajo. Pensé en llamar a la ambulancia, pero no lo hice. Ya había perdido varios minutos y debía terminar mi turno. // [↑](#)

PC

pece

peces

Second Life

En Second Life soy una mina. Soy delgada y alta, tengo buenas piernas, pelo castaño claro, y estoy siempre fresca, con una sonrisa a mano.

Me la paso seduciendo tipos para después decirles que soy hombre. Ayer fue un japonés. Fui volando hasta la isla y encendí el chat para pescar el acento extraño de la lengua nipona. Con este tipo no pudimos hablar, pero el lenguaje corporal de mi avatar fue todo. Hasta me puse a bailar. Al ratito había varios machos orientales a mi alrededor. Estaba hecha una reina.

Esto, lo de mis andanzas en Second Life, con cambio de género incluido, lo vengo hablando con mi analista y hasta ahora sólo llegué a la conclusión de que es una especie de ejercicio para prepararme para lo que se viene, o sea, para seducir hombres afuera de la pecera, de lo virtual.

Es que de un tiempo a esta parte los hombres me encantan, me calientan. Cuando los veo bajo la mirada un segundo y chequeo los bultos, a ver como vienen. Es un instante secreto y, a veces, de los más estimulante.

Me gusta en el hombre todo lo que lo marca como tal: la barba, el bigote tupido, el vello en el pecho, en los brazos y en las piernas, la robustez, la aparente fuerza, la panza y algo más que habita a todos esos rasgos físicos, que los completa: la actitud algo dominante, la forma de mirar, de pararse en el mundo.

En fin, siendo hombre siento que la masculinidad es un misterio, y el homoerotismo un tesoro a develar.

Pero por ahora todo sucede en la pecera, donde nado con fluidez y experimento tranquila. Ahora estoy en Texas, y en la sala hay un par de machos charlando sobre fútbol americano. Tienen puestas las botas y los sombreros típicos, y hablan fuerte con el acento del sur.

Me acerco, le saco el sombrero a uno y me lo pongo, y empiezo a bailar, con toda la sensualidad que puede transmitir un avatar construido con líneas rectas. Hago un streap tease.

Me quedo desnuda, y ellos aplauden. // [↑](#)

I should eat
; Ay Judith !

I should eat
I Judith
Yo Judith
Yoyu dit
Yuyo gris

Judith no me come

Debería comer. Aunque sea algo. Hace ya un par de días que no como nada, y no es que no tenga tiempo, que esté con mil cosas, ni que sea indigente. Pasa que no tengo ganas, no siento deseos ni de agarrar una galletita de agua, y menos de cocinarme algo.

Él no llamó más. Tuvimos ese último encuentro, maravilloso por cierto, con esa cogida tan tierna, y no llamó más. Y yo encima no tengo su número, lo borré del celular en un raptó de bronca, porque veía que me estaba enamorando otra vez, y eso me asusta bastante. Quise poner distancia, y ahora la padezco.

Pero debo decir que salvo por el hecho de que no como mi vida sigue adelante: voy al laburo, ahí socializo un poco, mis compañeras me retan y me dicen que es sólo un chico, que no haga tanto drama; fui a visitar a mi vieja, pagué un par de impuestos, en fin, cumplo con lo que hay que cumplir, excepto con el hambre que siento y que a esta altura es una compañía ineludible.

Ahora estoy en casa tirada en el sillón tomando unos mates y con la tele prendida en unos de esos programas de la tarde, llenos de rumores, conflictos y exposición, pero efectivos, porque están tan llenos de estímulo que al verlos es imposible pensar en otra cosa. Y yo no quiero pensar en otra cosa, no quiero pensar en él. Pero es difícil.

Pocas veces me gustó tanto alguien en lo físico: él es robusto, velludo, tiene ojos negros, es bien masculino y dueño de una pija gruesa y firme. Pero, además, es evidente que conectamos a otro nivel. Desde el primer día sentí algo fuerte, cuando por unos momentos nos miramos, en silencio, en su casa. Fue algo poderoso. Y los besos, podría vivir en esos labios.

Pero bueno, él no llama y quizás ahora yo tendría que ir a uno de esos programas de televisión, a llorar mi desamor, a enojarme, o a tener un crisis, qué sé yo, algo. O simplemente podría comer, y seguir.

Me voy a hacer un sándwich. // [↑](#)

Cell phone

Cel fon

Celofán

Cell phone

Sel fon

Xilofón

Algún barrilete quizás

No salgo de mi casa sin mi celofán, no quiero, no me siento completo. Lo llevo siempre conmigo, en el bolsillo o en el bolso. Y no es sólo por el hecho de que sirve para estar comunicado, en contacto, sino porque mi celofán un poco me define, dice quién soy.

El mío es de un color entre verde y azul, es más transparente que opaco y es suave al tacto. Lo llevo doblado en cuatro cuartos, por lo que casi no está arrugado. Ahora está de moda llevarlo hecho un bollo, pero a mí no me va, me parece que se arruina.

El otro día lo sentí vibrar por primera vez: estaba en una reunión en el laburo, lo tenía en silencio, y recibí una llamada de audio. Salí de la oficina un momento y lo desplegué. Era una encuesta intrascendente, pero me permitió conocer esa funcionalidad, el movimiento sutil de la vibración.

Además están las aplicaciones. Todo el mundo usa la red social estatal en su versión para celofán, pero además están los mapas, los juegos, la aplicación del clima, el procesador de textos, la cámara de fotos y videos en alta definición, en fin, toda una variedad de opciones que hacen al celofán tan inútil y poderoso.

Pensar que en el siglo XX el celofán se vendía sólo en librerías, como un artículo para chicos de primaria que tenían que aportar color a alguna tarea, o para manualidades, algún barrilete quizás.

Si no me equivoco con el xilofón pasó algo parecido. En el siglo XX era sólo un instrumento musical, algo exótico por cierto, y ahora hay uno en cada hogar, y sirve para las llamadas desde casa, proyectando al otro en el aire.

Todavía recuerdo cuando puse mi primer xilofón y me asignaron mi canción breve, que hasta hoy me acompaña y que escucho cada vez que me llaman. Me sorprendió porque tenía todos acordes mayores y la melodía ascendente, todo muy para arriba. Era un tiempo donde te tocaba la que te tocaba, no como ahora que cada uno puede componer la suya.

Pero siento que ya hablé demasiado del siglo XX, que con sus guerras mundiales y el holocausto pertenece ya sólo a los museos.

Quiero hablar de mi celofán, que, como dije antes, un poco me define, dice quién soy. // [↑](#)

Jacques Lacan

Jacs Lacan

Ja cs lican

Ya X lycan

Ya 10 lobos

Bonus lupus

En las afueras de París, hacia el sureste, se puede hallar una modesta reserva que alberga algunas especies animales en un hábitat similar al de sus condiciones naturales. Creada en 1980 e impulsada por un proyecto de la Alcaldía, contó con vasta afluencia de público en sus primeros años, pero luego cayó prácticamente en el olvido.

Yo visité esa reserva en mi viaje por Europa, en los noventa, al terminar la universidad. Fui llevado, de alguna manera, por una leyenda que me contaron una noche en un bar del Barrio Latino. Esa noche, yo ya estaba algo ebrio pero puse toda mi atención en el mozo cuando llamó a silencio a todos los que estábamos allí y dijo, con un gesto adusto, casi gritando, en un francés bastante cerrado:

- Lacan sigue vivo, y es un lobo.

Algunos soltaron una carcajada y siguieron bebiendo, pero yo continué escuchando. El mozo habló sobre la reserva natural, casualmente creada un año antes de la muerte del psicoanalista, y de la manada de lobos que allí viven, traídos desde Rusia, todos grises y blancos y con algo distintivo en la mirada, en la forma de contemplar.

Hasta ese entonces Lacan no era para mí más que bibliografía, pero no pude evitar darme un paseo por la reserva al día siguiente.

Llegué unas horas pasado el mediodía y empecé a recorrer los distintos espacios. No había nadie aparte de un par de empleados. El marco natural era impresionante: la llanura, la vegetación, las distintas variedades de árboles.

Y los lobos. A primera vista lo que más me llamó la atención fue su pelaje y su agilidad, se movían con gracia. Pero al pasar un buen rato observándolos aparecieron otras cosas. Ellos también me vieron, y me observaban, a la distancia y en silencio. Y en un momento el más anciano se acercó hasta donde yo estaba. Lo hizo despacio y con sutileza, como para no generar miedo. Me miró fijo unos instantes y ahí lo supe.

Era Lacan.

Por supuesto que lo que viví es intransferible y son pocas las personas que ven en esta historia algo más que una anécdota risueña. Sin embargo yo imagino que todos los 13 de abril Judith, Sibylle, Caroline y Thibaut se reúnen y van a la reserva natural a darle unas caricias a ese lobo anciano, a su padre. // [↑](#)

Arthur Rimbaud

Arzur Rambó

Al sur Rambo

La escena belga

“Antaño, si mal no recuerdo, mi vida era un festín donde corrían todos los vinos, donde se abrían todos los corazones”,

Arthur Rimbaud.

Pablo tenía el revólver escondido en el bolsillo lateral del saco. Era una noche fría y el interior de la casa no escapaba a esa realidad. Estaba parado en la cocina y mientras escuchaba los gritos de su compañero, miraba fijo los azulejos de la pared y acariciaba el arma con su mano derecha.

Había abandonado a su mujer y a su hijo para irse con él, y ahora todo era violencia, conflicto y discusión. Además de la falta de dinero y las amenazas de los abogados de su esposa tenía que soportar, día tras día, los caprichos de este infante terrible. Estaba hastiado.

Por su parte, Arturo estaba enojado, en principio consigo mismo, porque no podía escribir una sola frase. La pluma no fluía, no encontraba espacio, tiempo ni lugar para desarrollar su obra. Estaba frustrado, y descargaba esa tensión como podía.

Los gritos continuaban y en un momento, cuando Pablo volvió a escuchar ese insulto horrible, sacó la pistola del bolsillo y se dirigió hacia el comedor. Encontró a Arturo de espaldas. Disparó varias veces apuntando hacia su mano derecha y un tiro fue efectivo, la bala le atravesó el dorso de la mano.

- Vamos a ver cómo escribís ahora -le dijo Pablo todavía con el arma en la mano y con una sensación de poder que cedería ante la culpa con el pasar de los minutos.

Arturo estaba conmocionado por el dolor y la sangre que empezaba a inundar la alfombra. Se dio vuelta y vio a su amante. Quiso pronunciar unas palabras, pero lo único que pudo hacer fue desmayarse. // [↑](#)

Cierro los ojos

Y escucho tus manos

Sonido tenue, tibio, silente y maravilloso

Signos de referencia precisa en un mapa blureado por tantos años

Cierro los ojos

Y palpo tus párpados

Abro la puerta

Y llueve futuro en tus pupilas

Cierro los ojos

Y veo tus ansias

De grandeza y naufragio

Cierro los ojos

Y muero

Con la birome en la mano

Avasallando al Congreso

Su departamento era en el primer piso, así que siempre que iba, yo subía por las escaleras, dando pequeños saltos, con él atrás, también a los saltos.

Ese día entramos, nos miramos en silencio y nos dimos un fuerte abrazo, porque hace bastante que no nos veíamos. Él puso el agua para el mate y nos sentamos, uno al lado del otro, junto a la mesa. Seguíamos en silencio, que ya, al menos para mí, tenía algo de sacro. Y él, mirándome, con una leve sonrisa impresa en sus labios, empezó a acariciarme el pelo. Si la ternura tiene un nombre, les puedo asegurar que en ese momento llevaba el de él.

Tomamos unos mates y charlamos un poco. Me preguntó qué había hecho ese día y, la verdad, no pude encontrar nada relevante: mi día había empezado cuando él me abrió la puerta, tan solo unos minutos atrás. Ni el examen final de Lingüística General I, que había aprobado, ni el café con mi tía contaban como hechos trascendentes. Él me había abierto la puerta, otra vez.

Hubo otro silencio y no pude hacer otra cosa más que acariciarlo, pasé por sus manos, sus brazos, su cara, sus labios y su generoso bulto a través del jean. Después nos besamos, y el mundo fue otro, distinto. Cerré los ojos y viví una de las experiencias más luminosas de mi vida.

Debíamos desnudarnos, era algo necesario y urgente, como si desde Presidencia hubiera bajado uno de esos decretos, avasallando al Congreso. Sucede que allí no había debate posible, nuestra piel debía estar en contacto, me urgían su pija y su calor, el vello en su pecho, sus manos acariciando mi espalda mientras me cogía.

Las prendas fueron cayendo al piso, una tras otra, configurando una especie de escritura, una grafía del deseo. Y entonces nos vimos, de nuevo, esta vez desnudos, en silencio, y los dos sonreímos. Porque nuestro presente había florecido, como un jardín perfecto en una primavera cálida, gentil, única.

Y, debo decir, hay flores que no marchitan nunca, al menos en el recuerdo. // [↑](#)

Tu amor me puso

En el Google Map de la vida

Ahora soy una estrella

Amarilla

Brillante

E insoslayable

Analógico

Google sabe donde estoy, conoce mi ubicación minuto tras minuto, pero no sabe cómo me siento, ni que me visto todo de amarillo, ni que la gente me sonrío al pasar.

Esa corporación de rostro amable tiene tan sólo unos cuantos datos sobre mí, pero no sabe que estoy enamorado y que mi alma amanece cada vez que me encuentro en sus pupilas, en sus brazos, en sus labios. Cada vez que él pronuncia mi nombre, y yo estoy para escucharlo, es como si escuchara una promesa justa y elocuente.

Desde que él me abrió la puerta, a su casa, a su cosa cotidiana, a sus sábanas, pude empezar a sentir lo que es ser una estrella. Pude conocer lo que es el poder, que no es otra cosa que ser capaz de amar.

Facebook sabe qué estoy pensando, quiénes son mis amigos y qué me gusta, pero no sabe cómo me siento, ni que me visto todo de amarillo, ni que la gente me sonrío al pasar.

Esa corporación de rostro amable tiene tan sólo unos cuantos datos sobre mí, pero no sabe que estoy enamorado y que mi alma amanece cada vez que me encuentro en sus pupilas, en sus brazos, en sus labios. Cada vez que él pronuncia mi nombre, y yo estoy para escucharlo, es como si escuchara una promesa justa y elocuente.

Desde que él me abrió la puerta, a su casa, a su cosa cotidiana, a sus sábanas, pude empezar a sentir lo que es ser una estrella. Pude conocer lo que es el poder, que no es otra cosa que ser capaz de amar.

Twitter sabe a quién sigo y quién me sigue, pero no sabe cómo me siento, ni que me visto todo de amarillo, ni que la gente me sonrío al pasar.

Esa corporación de rostro amable tiene tan sólo unos cuantos datos sobre mí, pero no sabe que estoy enamorado y que mi alma amanece cada vez que me encuentro en sus pupilas, en sus brazos, en sus labios. Cada vez que él pronuncia mi nombre, y yo estoy para escucharlo, es como si escuchara una promesa justa y elocuente.

Desde que él me abrió la puerta, a su casa, a su cosa cotidiana, a sus sábanas, pude empezar a sentir lo que es ser una estrella. Pude conocer lo que es el poder, que no es otra cosa que ser capaz de amar. // [↑](#)

Legales

©2014 Marcelo Darío Milman

Después – Narrativa breve – 2013/14

Desnudo Editorial Digital - eBook

Diciembre 2014

Argentina

Versión 1.01

Sos libre de compartir, copiar o distribuir este eBook a través de cualquier medio digital, respetando la atribución.